

Conferencia del 22 de junio de 2008

Agradezco primero y principalmente a todos ustedes, atentos miembros del público, su presencia esta tarde, así como a los personeros de la Cámara Costarricense del Libro y a la Distribuidora Alejandría la oportunidad que nos han dado para organizar esta actividad dentro del marco de la Feria Internacional del Libro de Costa Rica.

Muy especialmente quiero agradecer al escritor salvadoreño Manlio Argueta, quien aceptó con toda gentileza la invitación para venir a presentar el libro. Comparte su gran experiencia y su trayectoria mundial con todos nosotros en el día de hoy.

De la misma forma quiero agradecer al periodista y laureado novelista costarricense Óscar Núñez Olivas, igualmente de larga trayectoria en el quehacer periodístico y cultural de nuestra región, el haber atendido la solicitud de participar en esta presentación.

Hace ya quinientos dieciséis años, una mañana del cálido agosto andaluz, dos carabelas y una nao, con tripulaciones que sumaban ochenta y cuatro hombres, zarparon del puerto de Palos de la Frontera guiados por el genovés Cristóbal Colón. Este cartógrafo y marino durante muchos años había estado empeñado en llegar a las ricas regiones comerciales del Asia. Con el apoyo del poderoso reino de Castilla pudo al fin realizar su proyecto.

Sobre las maderas usadas de las pequeñas embarcaciones llevaban provisiones para tres meses. Utilizaban los más avanzados instrumentos y la más desarrollada técnica de navegación que existían en aquel momento. La tripulación estaba formada por los más avezados pilotos y marineros de la costa de Huelva.

Los reinos ibéricos presionaban a sus mejores hombres para que tomaran la senda del mar Océano. Estas sociedades efectivamente se encontraban en el umbral de una expansión sin precedentes.

Cuando tocaron la costa de lo que el descubridor llamó Guanahaní, en lo que se conoce hoy como las islas Bahamas, aquellas hermosas tierras americanas bañadas por el mar Caribe, y empezaron los primeros tratos de los expedicionarios con las poblaciones indígenas desnudas que los recibieron, no se limitaron a trocitos de vidrio ni de metal los regalos recibidos.

Llegó con ellos el tiempo histórico, que habría de destruir para siempre el lazo que aquellas sociedades fundamentalmente agrícolas mantenían con su entorno, animadas por sus mitos originarios.

Las sociedades aborígenes que poblaban el continente americano poseían diversos grados de desarrollo. Habían llegado en nuestro propio istmo, en México y en la región andina a complejos logros sociales. No eran sociedades idílicas, puesto que dentro de ellas existían estratificaciones y se enfrentaban entre sí en largos conflictos.

Pero me parece que el elemento determinante fue que los europeos traían consigo un desarrollo técnico superior que los aborígenes no pudieron vencer, a pesar del coraje y el arrojo que mostraron en su lucha contra la dominación algunas de las comunidades indígenas.

Este conflicto, en distintos puntos aquí y allá, se extendió hasta bien entrado el siglo XVIII, y en el caso de la nación mapuche, en el sur del continente, persiste hasta el día de hoy.

En aquel octubre de 1492 llegaron las tres pequeñas naves a las aguas prístinas que rodean a las Bahamas, que con sus mil gradaciones de turquesa, celeste y azul, van a morir suavemente a las playas de una arena inmaculadamente blanca.

Se fracturó entonces para siempre el desarrollo humano autónomo que habían vivido los aborígenes porque los conectaron con el palpitar del tiempo de la sociedad económica y tecnológica que había comenzado a imponer su ritmo en todo el planeta.

Nuestra América Central, istmo por excelencia, había ya visto nacer y morir varias civilizaciones aborígenes al pie de sus volcanes humeantes de poderoso rugido, que son el corazón geológico de nuestra geografía, y cuyas cenizas han abonado por siglos los valles fértiles regados por ríos.

A la llegada de los exploradores europeos se afincaba en el norte del istmo una gran civilización, la maya, que poseía la única lengua escrita conocida en la América precolombina, una capacidad artística espectacular, y muy desarrollados sistemas matemáticos y astronómicos.

Esta civilización maya nunca desapareció. Ha perdurado hasta el día de hoy, y sus descendientes pueblan la península de Yucatán y Chiapas en México, Guatemala y Belice, y conservan su lengua y sus costumbres.

El Estado guatemalteco que conocemos hoy se fue construyendo sobre el territorio de estos reinos mayas, cuyos descendientes, repito, mantienen hasta el día de hoy su lengua, su astronomía y sus creencias, modificadas y adaptadas con la ideología religiosa que acompañó a la expansión europea, expansión dictada por las poderosas fuerzas materiales de la nueva sociedad que se gestaba en el seno de Europa.

Desde 1524, año en que los españoles fundaron la primera capital de Guatemala, esta se caracterizó por constituir uno de los centros más grandes de la hegemonía imperial que se impuso durante 300 años al resto del istmo.

Al llegar el momento de la secesión del imperio español, el Estado guatemalteco que los criollos habían ido estructurando tuvo que incorporar como legado toda una civilización aborígen y las consecuencias de su papel dominante en el quehacer político de América Central.

Hacia el primer tercio del siglo XIX apareció el cultivo del café, que habría de sustentar la producción agrícola durante muchos años; y a principios del siglo XX, el del banano. La dictadura, como forma de gobierno local, expresaría políticamente el monopolio de la actividad económica por las grandes empresas agrícolas transnacionales, sobre todo impulsadas por capitales estadounidenses, situación que entró en crisis profunda con la Segunda Guerra Mundial.

En efecto, cuando ya aquella guerra terminaba, se produjo la gran transformación interna de Guatemala que es el tema de mi libro.

Esta obra que hoy presento a la benevolencia de los lectores no pretende clavar una bandera en territorio de especialistas. Es en su primera parte una crónica de los hechos y en la segunda parte un ensayo, sin que carezca de carácter inquisitivo. Tampoco quiere agotar un tema que como digo en el prefacio, da pie no a uno, sino a varios libros más.

La perspectiva que he tomado es la de determinar la repercusión que tuvieron los hechos de Guatemala a mediados del siglo pasado en los otros Estados que constituyen el istmo. Me motivó también analizar personalmente, en una perspectiva que no debo más que a mí misma, y a la de los autores que escogí para apoyarme, los problemas estratégicos que se suscitaron.

Hay que señalar ciertamente que Belice, Estado que se ha constituido en forma autónoma desde 1981, en la época descrita en el libro dependía aún del Reino Unido. Entre el Reino Unido y Guatemala había una lucha por la posesión de este Estado. Con Belice se cuentan hoy en día seis Estados en nuestro sub-continente, habitado por más de cuarenta millones de personas.

Escribí este libro entre 2000 y 2001. Visité Guatemala una única vez en noviembre de aquel año.

Allí busqué a mi manera, como se examina cuidadosamente un muro en el cual las inscripciones grabadas se hubieran desteñido por la intemperie, aquellos puntos geográficos cuya referencia conocía sólo por mis lecturas, y que me permitieran entender un poco mejor aquellos acontecimientos de varias décadas atrás.

Un cierto cambio en las condiciones históricas de Occidente había ya comenzado a manifestarse.

El carácter de las circunstancias actuales hace aún más pertinente el punto principal de lo que yo encontré al escribir, esto es, cómo han mutado las ideologías y las percepciones sobre la historia.

Mucho de lo que sucedió en aquel momento, en 1954, se ve hoy con ojos diferentes. Las palabras que se utilizaban en aquel entonces han transformado su significado. Algunas han caído en desuso, olvidadas. Otras poseen nuevas connotaciones.

Los acuerdos de paz en 1987 consolidaron en la sociedad guatemalteca un deseo de suspender los conflictos internos para restablecer la actividad económica y una participación más equitativa en la vida social.

Entre 1989 y 1991, en el Este de Europa grandes Estados cayeron en ruinas. Las alianzas y los apoyos que se habían establecido para aquella guerra posible y amenazadora, la Guerra Fría, como se la llamaba en aquel momento, se desvanecieron. Tuvieron que volver a dibujarse mapas enteros en el globo terráqueo.

De esta forma, nuestra época generadora de crisis, que parece envuelta en la luz mortecina de un largo crepúsculo, reflejó agudamente el paso del tiempo irreversible.

Creo que las consecuencias en América Central de la caída de Arbenz en 1954 fueron como las múltiples manifestaciones de la furia de la naturaleza cuando explota un volcán, con las cuales todos los centroamericanos estamos familiarizados: se extienden por todas partes y se afincan hondamente.

Nosotros, los seres humanos, por excelencia seres sociales y conscientes, poseemos el poder de observar el espejo bronceado de nuestra propia historia. Al analizar, al reflexionar, al recordar, nos percatamos de que el pasado ya está definitivamente fijado. Los errores no pueden corregirse, ni los aciertos pueden mejorarse. Las derrotas y las victorias no pueden borrarse de los campos de batalla.

Pero cuando tratamos de ahondar en el conocimiento del pasado, nos explicamos con más diáfana claridad el presente y abonamos más ricamente las raíces de una esperanza para el futuro, para que éste sea más maleable y dúctil a las mejores capacidades creativas de nuestra especie.

Mi humilde impulso al escribir este libro fue animado por el deseo de que, en última instancia, los seres humanos que poblamos este istmo podamos llegar a crear la historia que definitivamente merecemos.

Muchas gracias.